

INTRODUCCIÓN AL DOSSIER

Las emociones han vuelto

INTRODUCTION TO THE DOSSIER

Emotions came back

Rafael Villena Espinosa
Universidad de Castilla-La Mancha

Tal vez hablar de un giro afectivo (*affective turn*) o de un giro emocional (*emotional turn*) pueda resultar por ahora algo grandilocuente, pero lo cierto es que las emociones han despertado desde hace años un enorme interés como objeto historiográfico. Encontramos algunas muestras de ese afán en centros de investigación como el *Research Center "History of Emotions"* (*Max Planck Institute for Human Development*) o el *Centre for the History of the Emotions* (*Queen Mary University of London*), en talleres de doctorado como el dirigido por Juan Pro en la Casa de Velázquez ("Emociones: ¿Un giro en Historia y Humanidades?", 2013) o en monográficos de revistas especializadas como *Cuadernos de Historia Contemporánea* (vol. 36, 2014, dirigido por Carolina Rodríguez-López)¹. Y decimos que han vuelto porque para algunos se trata más de una sofisticación de los presupuestos "annalistas" sobre las mentalidades que de una verdadera revolución historiográfica. En este sentido resulta ya casi obligado citar a Lucien Febvre como referente clásico (1941) o, incluso, el trabajo de Johan Huizinga sobre el otoño medieval que vio la luz en 1919². No nos corresponde a nosotros calibrar el grado de innovación, pero sí subrayar, singularmente, que las emociones son historiables y que como tales han merecido el interés de la revista que estamos presentando, después de haber abordado en monográficos anteriores temas más "tangibles" como el agua, la crisis y los conflictos sociales. Toca ahora, pues, una apuesta decidida por la historia cultural.

1 Respectivamente, accesibles en <https://www.mpib-berlin.mpg.de/en/research/history-of-emotions>, <http://www.qmul.ac.uk/emotions/>, <https://www.casadevelazquez.org/es/investigacion/actividades-pasadas/novedad/emociones-un-giro-en-historia-y-humanidades/>, <http://revistas.ucm.es/index.php/CHCO/issue/current>. (Consulta: 13-05-2015). No es nuestra intención recoger un catálogo de grupos y equipos de investigación, pero a los ya citados en el texto podríamos añadir el Centre of Excellence for the History of Emotions (Australia, <http://www.historyofemotions.org.au/>); el holandés Amsterdam Centre for Cross Disciplinary Emotion and Sensory Studies (<http://access-emotionsandsenses.nl/>); o en España el proyecto Hist-Ex: Historia y Filosofía de la Experiencia (<http://hist-ex.com/>).

2 L. Febvre, "La sensibilité et l'histoire: Comment reconstituer la vie affective d'autrefois?", *Annales d'histoire sociale* 3 (1941), pp. 5-20; J. Huizinga, *El otoño de la Edad Media. Estudios sobre las formas de la vida y del espíritu, durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos*, Madrid, Revista de Occidente, 1930 (ed. en holandés, 1919).

El dossier se abre con dos textos de necesaria reflexión teórica. Javier Moscoso (CSIC) parte de la constatación de una suerte de tensión competitiva entre los diversos marcos teóricos y prácticas metodológicas que se han ocupado de abordar el estudio histórico de las emociones. De las *sensibilités* francesas al giro afectivo norteamericano, pasando por la antropología y por las reflexiones, quizás más tangenciales, de la economía moral thompsoniana, la historia de las emociones, entendidas como construcciones culturales, parece un programa necesario pero insuficiente e, incluso, agotado. Frente a caminos ya trillados, Moscoso apuesta por la necesidad de hacer una historia de las emociones que sea explicativa, política y comparada. Su argumentación descansa, entre otros resortes, en la navegación emocional de William Reddy, cuyas líneas abiertas hace años y complejizadas más recientemente parecen lejos de haberse cerrado.

La encrucijada crítica sobre el estado en el que se encuentra la historia de las emociones también es el punto de partida de Juan Manuel Zaragoza Bernal (*Queen Mary University of London*), quien nos propone una historia material de las mismas, una ampliación del marco basada en estudios culturales de raigambre antropológica, a partir de dos estrategias concretas: la biografía cultural de objetos y el análisis espacial. La consideración de “objetos como protagonistas de los procesos culturales de creación de significados” puede resultar aparentemente inquietante, pero plantea una alternativa viable para los historiadores de todas las etapas. De hecho, podemos encontrar una coincidencia no buscada entre los planteamientos de Zaragoza y la centralidad que a ciertos objetos se concede en el texto sobre la represión de Julián Díaz y Alfonso Villalta. Mas no basta con detenerse en la importancia de las cosas, de los objetos, o en su “humildad” (Miller) sino que se precisa una definición de emoción que el autor ancla en la psicología social, de suerte tal que “los objetos, las prácticas con los objetos (sean de intercambio, de cuidado, incluso las prácticas destructivas), guardan relación con las relaciones que mantenemos con las personas”.

Y tras la reflexión teórica, el recorrido temporal, desde la Prehistoria hasta los años centrales del siglo XX. Nos parece prioritaria la necesidad de desentrañar el cambio en las emociones porque sin cambio no hay historia y eso es algo que se puede comprobar en la articulación de esta revista, donde queremos hacer de la perspectiva diacrónica una ventaja analítica. Sin ese recorrido podríamos caer en un nuevo estructuralismo post-post-moderno, algo que ya apuntaron Peter y Carol Sterns y en lo que ha insistido Joanna Bourke en cuanto a la mutación no ya de las emociones, sino de las condiciones que las hacen posibles³.

Empatía, autoconciencia, control y motivación son los cuatro grupos de conductas elegidos por Ángel Rivera Arrizabalaga (Hospital Universitario 12 de Octubre) para abordar su estudio prehistórico. Asumiendo un método necesariamente interdisciplinario propone, en primer lugar, un análisis psicobiológico que, aunque no ha sido ajeno a la historiografía de las emociones, incorpora la mirada de la neurociencia para ir desvelando, a continuación, la evolución cognitiva del hombre en relación con los datos del registro arqueológico. La conclusión del autor es rotunda al afirmar que la comprensión de las emociones es indesligable de las capacidades cognitivas del hombre.

¿Puede la tortura ser compasiva? La pregunta contiene casi un oxímoron al que responde Raúl González Salinero (UNED) desentrañando la intención de los magistrados romanos a la hora de usar la tortura como estrategia para forzar la apostasía de los reos cristianos. El autor resalta la contradicción entre los textos apologéticos y el comportamiento

3 J. Plamper, “Historia de las emociones: caminos y retos”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 36 (2014), pp. 17-29; P. N. Stearns y C. Z. Stearns, “Emotionology: clarifying the history of emotions and emotional standards”, *American historical review*, 90 (1985), pp. 813-836; J. Bourke, *Fear: a cultural history*, London, Virago, 2006.

de los representantes del poder imperial, preocupados por intentar salvar la vida de aquellos primitivos cristianos más que por saciar su despiadada crueldad. De ahí la compasión, cuyo análisis histórico se apoya en la teoría psicológica de la disonancia cognitiva.

Es imposible soslayar el influjo del cristianismo si queremos comprender la construcción cultural de las emociones. En esta línea, el dossier incorpora dos investigaciones que entran de pleno en la vivencia del hecho religioso. Piroška Nagy (*Université du Québec à Montréal*) reconstruye la experiencia mística de la cisterciense alemana Lukarde d'Obserweimar (fallecida en 1309) gracias a su "autobiografía", para demostrar la lejanía entre la percepción de la pasión en el Medievo, con su inmenso sufrimiento cotidiano, y la psicología de los tiempos modernos. La metáfora del espejo de Alicia no es sino trasunto de una sugestiva reflexión epistemológica sobre la posibilidad (o imposibilidad) de llegar a conocer plenamente las emociones de hace siglos. También Carlos Vizúete Mendoza (Universidad de Castilla-La Mancha) se sirve de las experiencias de una religiosa –en esta ocasión María Lucía Martínez, asimismo cisterciense, pero que vivió en el Toledo del XVIII– para ejemplificar el discurso que sobre el sacramento de la penitencia se fue construyendo desde el Concilio de Trento. El "dolor de corazón" desborda su dimensión espiritual y prácticamente se hace física si nos atenemos a la intensa huella que ha dejado en generaciones de creyentes a través, entre otros instrumentos, de los catecismos. En ambos casos, la noción de "emotional community" formulada por Barbara Rosenwein puede ser aplicada con pleno sentido⁴.

Dolor y amor son, tal vez, dos de las emociones que más pueden moldear la trayectoria personal del individuo. Recordemos la *Historia cultural del dolor* de Javier Moscoso que nos ha permitido avanzar en la comprensión de una emoción vivencialmente poliédrica y sujeta a evolución; un verdadero hito en el estudio de la cuestión⁵. En el caso del amor, la contribución al dossier tiene la rúbrica de María Luisa Bueno Domínguez (Universidad Autónoma de Madrid), que lo aborda junto al miedo y la muerte como las emociones clave de la Edad Media. El amor no sólo desde la producción de placer y dicha, sino también como causa de angustias; el amor, pues, como enfermedad. El miedo a algo que es imposible afrontar, o, mejor, los miedos, en plural, como el que provoca la ignorancia y es dirigido desde los medios instruidos. De nuevo, el discurso religioso es revelador en la construcción del poder y en la explicación de las emotividades que igualmente rodean a la muerte: terror, ansiedad, angustia, resignación, sobrecogimiento, desesperación...

Los dos últimos artículos del dossier están centrados en la Época Contemporánea, con marcos cronológicos, objetivos y planteamientos bien diferentes, aunque comparten el foco en lo que podemos considerar redes de solidaridad. José Gregorio Cayuela Fernández (Universidad de Castilla-La Mancha) rastrea entre la correspondencia de los "hombres de Wellington" para hablarnos de amistad en tiempos de guerra, entre los soldados británicos que combatieron a Napoleón en España y Portugal. Camaradería que alcanza diferentes grados –pues no era lo mismo el sentido del *comrade* que el de *fellow* o el de *friend*– y que se establece en un perfil sociológico muy concreto (edad, extracción social y creencias religiosas). Mas la amistad no es fruto de la excepcionalidad del acto heroico bélico, sino una firme aliada de lo cotidiano, ya sean las largas caminatas, el racionamiento de la comida o el insomnio impuesto por las guardias. Llegado el momento del combate se pone a prueba la intensidad de las relaciones trabadas que halla su punto álgido con la desaparición del compañero de armas, cuando se produce y, más allá, a través del memorial. El tejido de

4 B. H. Rosenwein, "Worrying about Emotions in History", *The American Historical Review*, 107, 3 (2002), pp. 821-845.

5 J. Moscoso, *Historia cultural del dolor*, Madrid, Taurus, 2011.

emociones que se trabó en un escenario tal acabó redundando –concluye el autor– en la eficaz humanización de la férrea disciplina y, en última instancia, en el triunfo militar.

Se cierra el dossier con una investigación que es, antes de nada, una declarada defensa de las fuentes marcadamente subjetivas, cuyo valor emocional permite la convergencia entre la experiencia de sus autores y aquellos lectores ideológicamente más prevenidos. Julián López García y Alfonso Villalta Luna (UNED) analizan, con la ayuda de los resortes teóricos de la antropología de resonancias foucaultianas, la correspondencia entre los presos en las cárceles franquistas y su entorno familiar a través de dos tipos documentales: cartas y cuentos. De estos textos se desprende tanto el programa de aniquilación moral impuesto sobre los vencidos, a quienes además se categorizó como “horda” para equipararlos a la fiereza, como también diversas estrategias de resistencia y supervivencia. Es desde esa perspectiva como se comprende la carga emocional y política de los cuentos y de las cartas desde la cárcel. “Cada carta es un dardo contra la idea de horda”, afirman los autores, del mismo modo que los relatos infantiles expresan rebeldía moral y estética frente a la derrota. Cuentos para una hija, cartas a una esposa... tienen un valor testimonial pero también documental, objetual, físico, y es por ello que la reproducción fotográfica de algunos fragmentos sea tan empática y necesaria como el análisis textual de su contenido. Podemos observar la caligrafía, los dibujos o los rudimentarios soportes para atisbar también las precarias condiciones materiales en las que se gestaron.

En total nueve artículos que amalgaman reflexión teórica y praxis investigadora con los que deseamos contribuir desde *Vínculos de Historia* al despliegue complejo, problemático y fructífero de esta nueva historia de las emociones. Esa fue la modesta pretensión del equipo editorial cuando diseñamos el dossier para el cuarto número de la revista. Ahora, son los colegas quienes deben opinar.

Toledo-Madrid, mayo de 2015